

**NUESTRA IGLESIA
EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
A PARTIR DEL CONCILIO VATICANO II
Y LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN**

VÍCTOR M. MARTÍNEZ MORALES, SJ

El aporte del Concilio Vaticano II se evidencia en el cambio eclesial, cambio que se verifica no de manera uniforme, pero que sí se puede constatar en el proceso histórico de la Iglesia latinoamericana y caribeña. Se ha de partir de la realidad que nos lleva a identificar comunidades eclesiales que han vivido el proceso de una Iglesia pueblo de Dios, Iglesia de los pobres, Iglesia de comunión y participación en la vivencia diaria de su cotidianidad. Nuestra Iglesia latinoamericana es heredera del Concilio a partir de la teología de la liberación y lo que ella ha legado no solo en los documentos de las cuatro conferencias episcopales hasta hoy realizadas después del Concilio Vaticano II: Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida, las cuales consignan el caminar eclesial de nuestro pueblo. También en lo que testimonian los cristianos, agentes mismos y protagonistas de la vida eclesial en el diario trasegar existencial.

Este proceso no se ha vivido de espaldas a la realidad. La historia en el tejido de los acontecimientos da cuenta de conflictos sociales, políticos y pastorales al interior de las distintas comunidades eclesiales. Paradigmas y modelos de cristiandad y cristianismo, desde la teoría y la praxis, demuestran un recorrido crítico de retos y desafíos para quienes hemos sido testigos de estos cincuenta años que sucedieron al Concilio. Las comunidades eclesiales de base, la

opción por los pobres, la valoración del *sensus fidelium*, se ponen de relieve; junto a ello, la revaloración que se viene a dar a la Sagrada Escritura, el sentido de justicia y solidaridad como expresiones reales de evangelización y la formación en el discernimiento de los signos de los tiempos. La experiencia eclesial vivida en América Latina y el Caribe brinda un «polo a tierra» de la Iglesia que quiso el Concilio en orden al seguimiento radical de Jesucristo transparentado en el testimonio que ha llevado al martirio a muchos creyentes.

Nuestro pueblo latinoamericano es un pueblo oprimido y creyente, pueblo explotado y cristiano, dimensión sociocultural-histórica y dimensión de fe que forman una unidad. Sin afrontar nuestra realidad, el lenguaje de la fe corre el riesgo de no llegar a la historia en la que actúa Dios y en donde lo encontramos. Sin dimensión de fe, la realidad histórica estrecha su visión y debilita la percepción de Aquel en quien todo hecho cobra su sentido. El Vaticano II nos da una mirada a nuestra historia, desde los signos de los tiempos, que nos lleva a recrearla; la teología de la liberación hará realidad nuestra historia de salvación desde el servicio a la fe y promoción de la justicia.

Un pueblo oprimido y creyente en búsqueda de liberación

Nuestro pueblo de América Latina y el Caribe es mayoritariamente pobre. Pobreza que se traduce en muerte, hambre y enfermedad. Pobreza que significa destrucción de personas, pueblos, culturas y tradiciones. Pobreza que es carencia de los medios mínimos para subsistir. Situación de pobreza que hace a nuestro pueblo vulnerable a la explotación y opresión. El hombre –varón mujer– latinoamericano es víctima de la injusticia, de la marginación y del despojo.

El Concilio Vaticano II vino a iluminar esta realidad, dando a conocer que esta situación de nuestro pueblo va más allá de una simple «situación social». Estamos de cara a aquello que es contrario

al reino anunciado por el Señor. No podemos reducir al pobre a una simple clase social determinada. La situación es un desafío al mensaje del evangelio.

Gracias al mensaje conciliar que viene a alimentar nuestra realidad creyente, podemos constatar, desde la fe, que esta situación de nuestro pueblo exige ser superada; es así como se va haciendo cada vez más evidente la necesidad de una fuerza liberadora. Liberación que supera el horizonte donde se ejercen las libertades, la liberación en el hombre latinoamericano es el inicio de una nueva vida. Se trata de ir más allá de lo factual, se trata de posibilitar «la revelación», la aparición de otro hombre distinto al opresor y al oprimido, se trata de una conversión: la creación del hombre nuevo.

Este es el hombre y la mujer latinoamericanos que asume el Concilio Vaticano II desde su carencia y vaciedad, desde su lucha por liberarse, desde su búsqueda por la construcción de un hombre nuevo, una mujer nueva.

Es a partir del carácter creyente de nuestro pueblo latinoamericano como la semilla del mensaje del Concilio encuentra su acogida y aceptación. Gracias a la fe de nuestro pueblo, a su dinamismo y potencial liberador, ella viene a ser inspiradora de la acción eficaz de la revelación de Dios en nuestra historia. El Concilio viene a ser incorporado desde la vivencia religiosa, desde la presencia de una inmensa potencialidad de fe liberadora.

De una Iglesia templo a un Iglesia pueblo

El tiempo posterior al Concilio vino a vivirse en América Latina con entusiasmo y fuerza evangélicos; se comunicaban los documentos conciliares de manera sencilla y práctica; la buena noticia de lo acontecido en el Concilio, ya plasmado en los documentos, tenía que llegar de forma didáctica y como experiencia catequética para todos. Así fue como la imagen más trabajada en orden a la Iglesia era señalar cómo dicho término no identificaba la construcción de

un edificio: los muros, su estructura y distribución, sus detalles como el campanario, el confesionario, el altar, la decoración; sino que se dirigía a la comunidad. La Iglesia es la comunidad, nosotros somos la Iglesia. Tú, yo, nosotros, formamos la Iglesia; la Iglesia somos todos; la Iglesia está conformada por nosotros: hombres, mujeres, niños, jóvenes, ancianos, adultos.

Fue así como se vino a insistir en que todos somos Iglesia. La Iglesia no se circunscribe a los obispos, al clero, a monjes y monjas, a los religiosos y religiosas, a hombres y mujeres «beatos». No se podía seguir comprendiendo que la comunidad eclesial era la sumatoria de individuos, sino la interacción de personas libres que se congregan alrededor de Jesucristo. La Iglesia se conforma de personas y yo soy uno de esos protagonistas, integrante de la Iglesia; la vida de ella depende de mí. Por ello, el proceso de concientización viene a vivirse en toda América Latina y el Caribe con singular énfasis en tomar conciencia de lo que significa el seguimiento a la persona de Jesús y sus implicaciones o consecuencias como compromiso vital para aquellos que se dicen ser cristianos.

Identificarnos, como Iglesia, lo que llevó a tomar conciencia de la fe, ¿qué nos hace creyentes?, ¿en quién creemos?, ¿creemos en el Dios de Jesucristo? El deseo de recuperar lo propio de ese ser cristiano fue conduciendo al acercamiento de la Sagrada Escritura. Si Dios se revela en la Biblia, ¿cómo acceder a ella? He aquí dos elementos que hemos de dilucidar en este proceso: el primero, la importancia de reunirnos, congregarnos, conocernos y reconocernos como cristianos. ¿Quiénes somos Iglesia? El segundo, acercarnos a la Sagrada Escritura para muchos desconocida, un misterio, un secreto. La palabra de Dios, fuente e inspiración de nuestro caminar como cristianos y cristianas, se imponía como peldaño propio del seguimiento de Jesucristo.

Ya posteriormente, siguiendo los derroteros del Concilio, se viene a dar un valor singular al laicado. La Iglesia como pueblo de Dios dará identidad al laico. El trabajo teológico y pastoral en reha- cer el ser y la misión del laico en la Iglesia y en la sociedad es un empeño en América Latina; germen para recuperar la ministeriali-

dad laical: nuevos ministerios para una nueva Iglesia cuyo testimonio y profecía nos sitúa con madurez ante proyectos comunes de servicio eclesial y social, de vida y dignificación.

El decidido trabajo en la promoción laical tiene sus raíces en el testimonio de equipos o comunidades de fe comprometidas en hacer que la Iglesia acontezca en el mundo y en la historia. Son muchos los movimientos y organismos, en toda nuestra América Latina, que a partir de una genuina espiritualidad de los laicos contribuyen desde su vocación apostólica en la edificación de la Iglesia. Se pretende que los laicos tengan un rol protagónico en orden a la evangelización y promoción humana.

De una Iglesia estructural a una Iglesia de los pobres

Todos los testimonios de los textos posconciliares en América Latina están cargados de entusiasmo y esperanza. Para el año 1968 la venida de Pablo VI al continente y la realización de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Medellín marcarán un tiempo muy significativo de renovación que luego se dejará sentir a nivel espiritual, pastoral y social. Es así, como ante las dificultades y los problemas de este continente tercermundista, de pobreza y abandono, se vislumbraban nuevas perspectivas liberadoras que llevarían a identificarlo posteriormente como el continente de la esperanza.

La Iglesia de los pobres se alienta en la práctica real de compartir la vida y estar del lado de los más empobrecidos. Experiencias de inserción en sitios suburbanos de las grandes ciudades, así como el acompañamiento a comunidades vulnerables señalará acciones concretas de apoyo y solidaridad a favor de quien más lo necesita. La defensa por la vida y su dignidad lleva a tomar partido por quienes son golpeados, ofendidos y explotados.

La opción por los pobres viene a surgir del mismo seguimiento de Jesucristo, quien vendrá a exigirnos, de manera directa e intrínseca,

colocarnos siempre a favor del pobre. Situarnos de parte de aquellos cuyas vidas están clamando justicia, equidad y solidaridad. Es así como la lucha por la promoción de la justicia ante la opresión y explotación viene a constituirse en bandera evangélica en la que el pobre ocupa un lugar privilegiado en el ser y hacer de Jesucristo; no podrá ser de otra manera para su Iglesia.

A partir del evangelio, la Iglesia latinoamericana viene, desde el Concilio Vaticano II, trabajando de manera particular y decidida por la liberación de los empobrecidos. La experiencia de liberación brota de la exigencia evangélica del amor que encuentra en las coordenadas de la historia su asidero real para ser encarnada en acciones reales de compromiso a favor de la justicia. Tal experiencia del amor misericordioso de Dios que me libera es exigencia de actuar a la manera de Dios en la relación con los otros. Dios se ha inclinado en la persona de su Hijo por el débil, el pobre, el enfermo, el pecador.

Se trata de asumir los retos y desafíos que nos hace la realidad. La Iglesia de América Latina y el Caribe, interpelada por la creciente injusticia social generadora de una situación de violencia, corrupción y hambre, se siente llamada a intervenir. Como hombres y mujeres de Iglesia, hemos de desafiar la miseria, trabajar activamente por la extinción de estructuras y actitudes injustas, liderar y promover todo proyecto de paz y no-violencia, promocionar eficazmente la justicia.

La praxis de la misericordia surge de la relación amorosa de Dios, de una Iglesia capaz de sentir cómo Dios ejerce su justicia y misericordia en su favor. El trabajar por la defensa de la vida, la dignidad de la persona, la recuperación de los derechos y el hacer que la vida humana sea verdaderamente humana brota como misión del encuentro amoroso con Dios. Su tarea a favor de los demás, particularmente del caído, desplazado, golpeado, del pobre y excluido, es la respuesta al mandato imperativo de sentirse profundamente amada: «vete y haz tú lo mismo».

De una Iglesia jerárquica a una Iglesia comunión

Desde los pasos adelantados por el Concilio se viene a concebir la Iglesia no ya como la de «la curia romana», ni la llamada «jerarquía», sino como una comunidad de hermanos. Se busca volver a las fuentes de la revelación para recuperar el sentido comunitario de la Iglesia. Más allá de gregarismos, uniformidad y nivelaciones, la comunidad se hace desde la unidad donde lo disperso se congrega y lo diverso se integra.

En Latinoamérica, junto a la religiosidad popular, la Iglesia se va tejiendo en el horizonte propio de comunión y fraternidad. La Iglesia como misterio en la que todos los creyentes formamos el pueblo de Dios. Icono de la Trinidad, la Iglesia se levanta como signo y modelo de una comunidad de personas caracterizada por la igualdad fundamental y la diversidad funcional en la cual el régimen jerárquico se hace también presente en el servicio propio de su misión teológica.

Somos testigos de tener entre nosotros obispos que responden como príncipes y otros que responden como pastores. Todos formamos parte de la Iglesia, somos una comunidad de hermanos en la que se excluye todo monarquismo, populismo y democratismo, como también toda dominación. La Iglesia pueblo de Dios no se limita o circunscribe a una etnia, nación o cultura, pero tampoco puede cobijar sin más a una cristiandad de masa, inconsciente y genérica.

La Iglesia, por su vocación y carisma en el seguimiento de Jesucristo, tiene como proyecto anunciar y realizar el reino de Dios, está llamada a ser imagen de la Trinidad. La Iglesia tiene una responsabilidad especial en la creación de relaciones mucho más en consonancia con la propuesta del reinado de Dios. Ella es generadora de comunión, artífice de solidaridad, tejedora de nuevas relaciones entre todos aquellos, hombres y mujeres de Iglesia, que tienen distintos ministerios y diversas responsabilidades.

Quienes conformamos la Iglesia estamos todos llamados a ser testimonio de comunión y participación y a contribuir afectiva y efec-

tivamente en la edificación de la comunidad de creyentes. Somos testigos de un continente fracturado y fragmentado por las diferencias económicas, políticas, sociales, culturales, étnicas y religiosas. La Iglesia, no siendo exclusiva ni excluyente, se levanta como hacedora de comunión cuando trabaja en hacer realidad el diálogo interreligioso, el encuentro ecuménico, su presencia en nuevos areópagos, la acogida que hace de lo distinto y diferente.

La eclesiología de comunión desde América Latina se ha revestido de una particular atención a las relaciones recíprocas en orden a establecer, a partir de la experiencia originaria de las primeras comunidades, el proyecto de fraternidad universal de Jesús y hacer realidad la igualdad y la unidad, más allá de la uniformidad y el igualitarismo.

Afincadas en la Sagrada Escritura, las comunidades han comprobado que seguir a Jesús al margen de la Iglesia es un peligroso engaño, pues la comunidad de los cristianos es el cuerpo de Jesucristo. Junto a ello, la comunidad se teje desde abajo; es decir, la opción preferencial por el pobre es la expresión de una manera de realizar la comunión, al estilo del Maestro, a partir del amor, en el abajamiento y vaciamiento.

La Iglesia latinoamericana ha invertido y sigue invirtiendo sus esfuerzos en la formación de comunidades, en hacer realidad la comunión fraterna y la comunión eclesial que solamente se realiza desde el amor recíproco, desinteresado e incondicional que nos lleva a colocar todo en común: comunión de bienes, ideales, talentos, todo al servicio del reino. De ahí el trabajo en orden institucional por el recrear los ministerios, el repensar la estructura parroquial, la valoración de las iglesias locales y el episcopado, los esfuerzos por el enriquecimiento de las conferencias episcopales, los sínodos diocesanos, la accesibilidad litúrgica, la madurez que se ha venido alcanzando en el encuentro ecuménico y la disposición hacia el diálogo interreligioso.

Tal ha sido la acción de Dios: su actuar propio es salvar, liberándonos de aquello que nos ata y no nos permite ir a su encuentro. La experiencia de su amor es la que nos lleva a actuar de igual forma.

La Iglesia trabaja por hacer realidad el mandamiento del amor. Cuanto mayor sea la relación con el Señor mayor será el compromiso liberador que se genera a nuestro alrededor. La inclinación por el pequeño, el pobre, el desvalido no es una acción distinta a la expresión del amor misericordioso que nos hace ir forjando un corazón solidario con particular interés por detectar al menor, al indefenso, al necesitado para levantarlo, defenderlo, hacerlo valer, colmar su necesidad. Nuestra acción de solidaridad a favor de los otros, como nuestra promoción de la justicia, brota de la respuesta exigente al amor misericordioso de Dios.

Una Iglesia dadora de vida

Para América Latina y el Caribe, el camino recorrido de Medellín a Aparecida marca un sendero que ha venido a subrayarse en el último tiempo: una Iglesia dadora de vida, en su fidelidad al seguimiento de Jesucristo, está llamada a dar vida para nuestros pueblos, la Vida que nos viene de él.

La realidad desgarradora de la presencia de muerte, violencia y miseria que vive el continente, con escenas dramáticas de masacres, desplazamientos forzosos y hambre, nos hace colocar la mirada en aquel que hoy es asaltado, apaleado y despojado de lo suyo, dejado medio muerto al borde del camino. La Iglesia latinoamericana seguirá con sus ojos puestos en todos aquellos rostros de niños, indígenas, campesinos, hombres y mujeres empobrecidos, a quienes se les está arrebatando el aliento de vida. Como lo hizo Puebla en su momento, Aparecida vendrá a señalar los rostros sufrientes que nos duelen hoy.

Dar vida significa trabajar de manera decidida para que todo ser humano pueda tener lo mínimo para ser persona: La lucha por los derechos humanos, la dignidad de la persona humana, el derecho a la vida, la salud, la vivienda y al trabajo se levantan como consignas de una misión eclesial, dado que son condiciones de posibilidad hoy negadas, usurpadas y acaparadas.

Dar vida es promover de manera efectiva la justicia. Ante la multiplicación y sofisticación de estructuras de injusticia en las que la mentira y corrupción campean de manera descarada, la credibilidad de la misión de la Iglesia radica en hacer realidad la justicia desde la proclamación de la verdad, la denuncia de todo atropello y falsedad y el anuncio de vías reales de solución. Trabajar por la paz es tarea de la Iglesia.

Dar vida hoy en nuestra América Latina reviste características concretas en trabajar para denunciar, erradicar y no tolerar todo aquello que sigue hoy haciendo realidad el racismo, la discriminación, los prejuicios que humillan y degradan a muchos indígenas y negros. Las culturas indígenas y afrodescendientes ofrecen lo que son y realizan al tejido social del continente, su ser y patrimonio enriquece la vida de la Iglesia, su silencio se ha ido transformando, la voz indígena y afroamericana va ganando espacio y reconocimiento. Volver sobre la identidad, cultura y espiritualidad de la presencia indígena y de la tradición afro es tarea y exigencia de la Iglesia a la cual muchos de ellos pertenecen.

Una Iglesia latinoamericana dadora de vida no puede permitir comportamientos y mentalidades excluyentes en torno a la mujer, su participación eclesial es significativa y decisiva como actora en los escenarios sociales, políticos y culturales de hoy. No podemos permitir la exclusión de la mujer de ningún espacio; el dominio y explotación que sobre ella se ejerce, la reproducción de estructuras patriarcales, jerárquicas y de sometimiento, cualquiera que él sea. La incorporación de la perspectiva de género es portadora de vida: la mujer, al reconocer su identidad, su capacidad y responsabilidad en la misión de la Iglesia, crecerá en el deseo de una mayor preparación y participación, en la conciencia de su propio papel, compromiso y dedicación a la causa del reino.

Hoy la Iglesia, llamada a dar vida, no puede ser indiferente a todo aquello que atenta nuestra relación con la tierra a partir de la crisis ecológica manifestada en la desertización, el cansancio de la tierra, su acaparamiento y contaminación, el uso de transgénicos

y agroquímicos, la crisis del agua, el sometimiento al monocultivo. Realidades como estas gritan desde la madre tierra en búsqueda de ayuda. Como hombres y mujeres de Iglesia hemos de responder a estos nuevos clamores de vida. Nuestro continente reclama caminos concretos de una cultura dadora de vida, que, al estilo de nuestros ancestros, sea capaz de sembrar y descubrir todo brote de vida.

Dar vida desde el evangelio es ser portadores de la buena nueva a partir de las bienaventuranzas. Ser noticia de vida para realidades abrazadas hoy por el ateísmo y agnosticismo exige una Iglesia madura, de propuestas inteligentes, en la que no se contraponen fe y razón, ciencia y creencia, técnica y religión. Más aún, ser portadores de vida ante el avasallamiento de otras confesiones religiosas, entre las que el pentecostalismo ha tenido un papel protagónico de manipulación a lo largo y ancho del continente. Dar vida a una religiosidad popular que necesita ser purificada, valorada y recuperada desde su potencial evangelizador.

Una Iglesia liberadora

A partir del evangelio, la Iglesia latinoamericana viene, desde el Concilio Vaticano II, trabajando de manera particular y decidida por la liberación de los empobrecidos. La experiencia de liberación brota de la exigencia evangélica del amor que encuentra en las coordenadas de la historia su asidero real para ser encarnada en acciones reales de compromiso a favor de la justicia. Tal experiencia del amor misericordioso de Dios que me libera es exigencia de actuar a la manera de Dios en la relación con los otros. Dios se ha inclinado en la persona de su Hijo por el débil, el pobre, el enfermo, el pecador.

La Iglesia ha comprendido que el encuentro con el Señor es exigencia de liberación. La práctica del amor misericordioso hacia quien es víctima de la realidad hostil y adversa es espacio de libertad; en una realidad en la que la opresión y explotación parece asfixiarnos, este encuentro con el Señor es estímulo de justicia.

Es el amor misericordioso de Dios el que nos da sentido para luchar contra toda forma de esclavitud que ahoga nuestras existencias y nuestra ansia de libertad. Es así como del encuentro con el Señor la justicia se nos impone como tarea, camino, misión que hemos de realizar.

El compromiso liberador de la Iglesia es directamente proporcional a la manifestación del amor. De ahí que la opción por los débiles y marginados de nuestra sociedad sea la acción que nace de un corazón misericordioso cuya expresión de solidaridad se hace efectiva en la vivencia de la justicia a favor de los más necesitados de ella, para ponerse de su parte y poderles levantar de la situación que los oprime y victimiza.

La lucha por la defensa de la vida, la dignidad de la persona y el compromiso decidido por la instauración de la paz y la justicia se unen a la misión evangelizadora de la Iglesia de América Latina y el Caribe. Ser dadora de vida pasa por signos elocuentes de combatir todo aquello que atenta contra la vida del planeta y la lleva a colocarse del lado de los más vulnerables que sienten sus vidas amenazadas y al borde de extinguirse.

Manifestación de la acción amorosa de Dios, la Iglesia trabaja de manera efectiva a favor de la justicia, haciendo a la manera de Dios: un amor misericordioso que se traduce en defensa, ayuda, acciones que dan vida, dignidad, promoción de la persona. Se trata de actualizar y encarnar la parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37).

Horizontes de esperanza, hacia un nuevo amanecer

Nuestra mirada, ante esta realidad eclesial latinoamericana, ha de ser esperanzadora; se trata de avivar el deseo de fuego que brota de las cenizas, del torrente de agua viva que puede llegar a formarse del charco de sangre empozada de tantos mártires, hombres y mujeres, que han ofrendado su vida por la causa del evangelio en estos últimos cuarenta años. Algo nuevo y distinto está en el corazón de

nosotros mismos en el orden personal y colectivo. Se trata de optar por nuestra autenticidad eclesial para crear, desde nuestra originalidad, comunidades eclesiales: apropiarnos de lo nuestro y emprender, desde allí, el tejido de construcción eclesial que necesitamos.

Una mirada de esperanza a partir de la realidad no es distraernos ante ilusiones o utopías que nos desorientan y descentran del deseo de hacer Iglesia. Menos aún, la espera resignada de quien con paciencia aguarda lo que ocurra como voluntad de la divinidad o del destino. Una mirada esperanzadora es el trabajo laborioso efectivo y afectivo por transformar la injusticia en justicia, la miseria en dignidad, la guerra en paz. Se trata de invertir la vida a favor de los valores del reino que en torno a la solidaridad construyen realidades verdaderamente humanas.

Se trata de optar por una Iglesia liberadora, portadora de vida y de esperanza, trabajando en el sentido de idear caminos reales de solución a los conflictos a partir de lo típico de nuestra cultura, lo auténtico de nuestra raza, lo propio de nuestras raíces. Hemos de optar por lo original de nuestra gente, de su sentir comunitario, su realidad de comunión. Se trata de renacer y rehacer desde el origen: asumir nuestra realidad, acoger y reconocer lo que somos y tenemos desde nuestra identidad y diferencias, desde nuestra complementariedad y alternatividad; volver a las fuentes de nuestra identidad cristiana, desde la sencillez; tejer Iglesia desde nuestra realidad de pueblo, de pobreza, de comunidad, en el respeto, la ayuda mutua y la colaboración.

Retomar el camino que nos legó el Concilio desde el caminar liberador que se ha venido recorriendo exige partir de sus víctimas, de sus mártires. Retomar la historia que ha significado estas décadas de construir comunidad. Se trata de abrazar nuestra realidad eclesial desde el sentido crítico del juicio que purifica, la actitud de escucha que nos lleva a todos al diálogo, el compromiso de dejarnos querer que nos lleva a salir de nosotros mismos y la praxis de imaginación creadora que nos hace artistas y artífices de nuestra Iglesia.

Bibliografía

- AA.VV., *La justicia que brota de la fe (Rm. 9,30)*. Santander, Sal Terrae, 1982.
- AA.VV., «Medellín 1968. 20 años», en *Theologica Xaveriana* 89, Año 38/4 (oct-dic/1988).
- AA.VV., «¿Cristianismo en crisis?», en *Concilium* 311 (jun/2005).
- AA.VV., «El Vaticano II ¿Un futuro olvidado?», en *Concilium* 312 (sep/2005).
- AA.VV., *Concilio Vaticano II. Compendio de las ponencias presentadas en la Semana Teológica. Cochabamba, 11-14 de octubre de 2011*. Cochabamba, Amerindia-Editorial Kipus, 2011.
- BOFF, Clodovis. *Comunidade eclesial-Comunidade politica, ensayos de eclesiología política*. Petrópolis, Vozes, 1978.
- BOFF, Leonardo. *Iglesia, carisma y poder. Ensayos de eclesiología militante*. Santander, Sal Terrae, 1982.
- CALVEZ, Jean-Yves. *Fe y justicia, La dimensión social de la evangelización*. Santander, Sal Terrae, 1985.
- CASTILLO, José María. *La Iglesia que quiso el Concilio*. Madrid, PPC, 2002.
- CODINA, Víctor. «¿Un nuevo éxodo?», en *Revista CLAR* 2 (abr-jun/2006).
- *Una Iglesia nazarena. Teología desde los insignificantes*. Santander, Sal Terrae, 2010.
- LORA, Cecilio de. *Iglesia para el reino de Dios. En torno a Aparecida*. Madrid, PPC, 2007.
- MADRIGAL, Santiago. *Vaticano II: Remembranza y actualización. Esquemas para una eclesiología*. Santander, Sal Terrae, 2002.
- MARTÍNEZ MORALES, Víctor. *Fidelidad y creatividad en la vida consagrada*. Bogotá, Paulinas, 2003.
- *Mística y profecía en la vida religiosa*. Bogotá, Paulinas, 2005.
- *Una vida religiosa discípula y misionera*. Bogotá, Paulinas, 2007.
- «La Iglesia real», en *Theologica Xaveriana* 74, Año 35/1 (ene-mar/1985), pp. 9-27.

- OLIVEROS, Roberto. «Antecedentes de la V Conferencia General del Episcopado en la tradición latinoamericana», *Revista CLAR* 2 (abr-jun/2006).
- PARRA, Alberto. *La Iglesia: contextos sociales, textos fundacionales, pretextos mundiales*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, 2005.
- *Hacer Iglesia desde la realidad de América Latina*. Bogotá, Paulinas, 1988.